

# Mensajero del Archivo Histórico

*Juan Agustín de Espinoza, SJ*

de la



Vicerrectoría Académica

Torreón, México. 30-V-2006

Buzón electrónico: [sergio.corona@lag.uia.mx](mailto:sergio.corona@lag.uia.mx)

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

**Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals**

[http://www.unesco.org/webworld/portal\\_archives/pages/Internet\\_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml](http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml)

**Ediciones anteriores del Mensajero:**

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López, SJ. Rector

Mtro. Felipe Espinosa Torres, SJ. Vicerrector Académico

Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

**Número 90**

## ÍNDICE

	página
<b>Los Peralta: una familia torreonense de abolengo</b>	<b>2</b>
<b>El Mostrador. <i>Luna caliente</i> o el horror en resistencia</b>	<b>5</b>
<b>Nuestro propósito era caminar</b>	<b>7</b>
<b>Libros del Archivo Histórico</b>	<b>11</b>

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Como Cronista de Torreón, en <http://www.torreon.gob.mx/imdt/index.php>

Comité editorial del "Mensajero": Lic. Marco Antonio Morán Ramos. Mtro. Edgar Salinas Uribe. Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Lic. Julio César Félix, Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

Colaborador Honorario en Madrid: Brigada retirado José María Ruiz Ruiz.

## LOS PERALTA: UNA FAMILIA TORREONENSE DE ABOLENGO

Dr. Sergio Antonio Corona Páez <sup>1</sup>

Una de las mayores y más acertadas críticas que se han hecho contra el paradigma científico social del político e historiador de Torreón de los años treinta, Eduardo Guerra, ha consistido en impugnar su metodología poco académica. Efectivamente, en las ciencias de la naturaleza es vital que el experimento pueda ser repetido por otros científicos con el objeto de reproducir los efectos reportados por quien primero los observó. De esta manera se valida la metodología, los resultados y la interpretación. De manera análoga, en el caso de las ciencias sociales es fundamental que los lectores de una obra académica tengan acceso a las fuentes primarias usadas en la obra con el objeto de que puedan ser verificadas y si se requiere, criticadas y reinterpretadas. Es decir, en gran medida el trabajo de escritura del científico social consiste en dar cuenta razonada y crítica de las fuentes que nutrieron su trabajo.

El gran problema metodológico de Eduardo Guerra es que presenta transcripciones y narraciones sin aportar el menor dato en torno a su procedencia y ubicación actual. No hay un aparato crítico que sustente sus afirmaciones o transcripciones documentales. De esta manera, la información proporcionada por este historiador aficionado solamente tendrá valor en la medida en que los científicos sociales de nuestro tiempo puedan sustentar, corregir, acotar, reinterpretar o desechar las afirmaciones de Guerra. Porque Guerra en su momento no llenaba ni siquiera las expectativas de los científicos positivistas. Sería imposible comparar en competencia metodológica a Guerra con su coetáneo Alessio Robles. No obstante, Guerra tiene una gran credibilidad en la Comarca Lagunera, aunque se trata de una credibilidad obtenida socialmente por “aclamación popular” y no por un trabajo científico sobresaliente.

Un ejemplo concreto lo tenemos en las “noticias” que nos proporciona Guerra en su *Historia de La Laguna* en lo referente a la familia Peralta. En la tercera edición de esta obra (febrero de 1996) solventada por el Ayuntamiento de Torreón, en sus pp. 312-313, dice:

---

<sup>1</sup> Doctor en Historia por la UIA-Santa Fe, coordinador del Archivo Histórico de la UIA-Torreón, científico social y académico en la misma institución, Cronista de Torreón.

“El 4 de septiembre de 1868, una fuerte avenida en que las aguas del Nazas salieron de cauce, derribó el Torreón, y la cuadra con todo y casa, pero la presa y el Canal ya perfectamente construidos no se afectaron en esa ocasión, mostrando su solidez, continuándose sin interrupción los riegos de las grandes labores abiertas en San Antonio de los Milagros, como entonces se llamaba la Hacienda del Coyote.

Juntamente con el Torreón la corriente del río arrastró, unos jacales contiguos que habían venido construyendo allí los Peralta, gentes humildes que llevaban una vida muy modesta y se habían vecindado junto al Torreón. Los Peralta eran cuatro hermanos que se llamaban Guadalupe, Melquiades, Serafín y Natividad, además un primo también de nombre Guadalupe y del mismo apellido, todos, con sus familias, originarios de Cuencamé [...] Después de la creciente, el Administrador de la presa se estableció de manera provisional en un sitio que ahora queda a espaldas del Parque Deportivo Nacional, terreno que está entre los canales de la Joya y la Perla, donde existía una noria y una atarjea de piedra que todavía pueden verse. Allí estuvieron también los Peralta y sus familias, estableciéndose además otra familia de jarcieros de apellido Romero. El total era de 98 familias.”

Hasta aquí, lo descrito por Guerra sobre la familia de los Peralta había quedado como una simple afirmación sin sustento documental alguno. Es decir, para fines prácticos se trata de simple literatura, de ficción.

No obstante, el investigador puede sumergirse en los archivos con el objeto de buscar rastros de verdad en estas afirmaciones. Y precisamente esto fue lo que decidí llevar a cabo con el fragmento del texto de Guerra arriba citado.

Encontré que efectivamente existieron tres hermanos cuyos nombres completos eran los siguientes: Guadalupe Peralta Martínez, Jose Melquíades Peralta Martínez, y José de la Natividad Peralta Martínez. Guadalupe fue bautizado el 21 de diciembre de 1832 en la parroquia de Santiago Apóstol de Mapimí, Durango.<sup>2</sup> Jose Melquíades fue bautizado el 28 de diciembre de 1839 en la misma parroquia y lugar,<sup>3</sup> al igual que José de la Natividad, bautizado el 17 de septiembre de 1837.<sup>4</sup> Los tres hermanos eran hijos

---

<sup>2</sup> Santos de los Últimos Días (SUD). Rollo de Microfilm de bautismos C648633 (1828-1853).

<sup>3</sup> SUD. Rollo de microfilm de bautismos C648633 (1828-1853).

<sup>4</sup> SUD. Rollo de microfilm de bautismos C648633 (1828-1853).

de Eulogio Peralta y de María Manuela Martínez, vecinos de Mapimí. Puesto que los nombres de los hermanos eran bastante singulares, no nos queda duda alguna de que estos tres hermanos son los mismos que menciona Guerra como habitantes junto al Torreón en 1868, cuando estos varones andaban en sus treinta años de edad. De Serafín Peralta no pudimos encontrar registro alguno. Aunque Guerra dice que los hermanos Peralta eran de Cuencamé, hemos demostrado que en realidad procedían de Mapimí, como muchos otros primeros pobladores de Torreón.

Pero los registros parroquiales no son los únicos que nos dan cuenta de la familia Peralta. El censo levantado a la Congregación del Torreón en 1892 da cuenta de los miembros de una segunda y tercera generaciones de la familia.<sup>5</sup> Así con el folio 409 encontramos un Melquíades Peralta, que declara tener 40 años de edad, casado, labrador de profesión. Con el folio 423 encontramos a Natividad Peralta, de 42 años de edad, casado, labrador de profesión. El mismo padrón menciona a otros Peralta (de menor edad) que llevan los mismos nombres de familia.

Es cuando hemos sustentado documentalmente la información que aporta Guerra que ésta se vuelve significativa y de valor para nuestra historia regional. Los Peralta, sin duda alguna, constituyen una de las familias más antiguas de nuestra ciudad. Sus ancestros llegaron cuando se luchaba a brazo partido contra los indios bravos, contra las inclemencias del clima y la fuerza incontrolable del Nazas.

---

<sup>5</sup> Archivo General del Estado de Coahuila (AGEC). Fondo siglo XIX, caja 18, fólder 9, expediente 1, 40 ff. Copia en el Archivo Histórico de la UIA-Torreón.

## EL MOSTRADOR



### LUNA CALIENTE O EL HORROR EN RESISTENCIA

JAIME MUÑOZ VARGAS

Sabía de ella desde el ochenta y tantos, cuando le otorgaron un premio de novela en México, pero no la había encontrado en nuestras desnutridas librerías. Hace unas semanas la compré en una edición de bolsillo y su lectura me confirmó su éxito de hace dos décadas: *Luna caliente*, novela corta del escritor Mempo Giardinelli (Resistencia, Chaco, Argentina, 1947), en una obra de arte torneada con la arcilla del horror. Su extraordinaria trama, para empezar, es una rara y viscosa y atractiva mezcla de relato negro, político, erótico y hasta filosófico, lo que permite leerla de un alucinado jalón, virtud que en estos tiempos de apremio es muy agradecerable.

Giardinelli no es muy conocido en México. Su ficha internética declara que ha publicado *La revolución en bicicleta* (novela, 1980), *El cielo con las manos* (novela, 1981), *Vidas ejemplares* (cuentos, 1982), *El género negro* (ensayo, 1984), *Qué solos se quedan los muertos* (novela, 1985), *El castigo de Dios* (cuentos, 1994), *Santo oficio de la memoria* (novela, VIII Premio Internacional “Rómulo Gallegos” 1993) e *Imposible equilibrio* (novela, 1995). Fundó y dirigió la revista *Puro cuento* entre 1986 y 1992.

*Luna caliente* narra, en tiempo objetivo, dos o tres días en la vida de Ramiro, doctor en derecho graduado en una universidad francesa. Ramiro habita su mejor momento: tiene un título rimbombante, ha regresado al Chaco tras ocho años de ausencia y sabe que es joven y capaz, así que nada parece impedir su ascenso rápido en la vida pública de aquella ardiente zona del noreste argentino, precisamente donde el país de las pampas se junta con las voraces selvas del Paraguay. El joven exitoso es invitado a cenar en casa de un doctor que fue amigo de su padre, y allí, entre bocado y bocado, reencuentra a Araceli, ahora una adolescente de trece años que, como el Tazio de *Muerte en Venecia*, despierta, en el pegajoso clima del Chaco, los confusos y bochornosos instintos del protagonista, un Gustav von Aschnbach criollo.

Lo que sigue en la trama es imprevisible, y a partir de allí irrumpe el horror: en la madrugada, Ramiro abusa de Araceli y cree matarla para evitar que hable. Al tratar de huir, el padre alcohólico de la adolescente, sin saber del siniestro, sigue a Ramiro y le pide buscar una tabernucha para continuar tomando cañas. Es el 77, los sorprende la policía represora de la dictadura, pero al no hallar evidencia de nada, los deja ir. La trama se complica en este punto: Rodrigo elimina al viejo dipsómano y prosigue su huida. Todo le deja ver que, según lo sucedido, puede desviar la atención sobre el asesino de Araceli (inculpar a su padre) y luego dejar correr la hipótesis de que el médico se suicidó. Pero el asunto no es sencillo: los sabuesos de la policía argentina de esos tiempos negros y teñidos de sangre por la represión política le dicen que si confiesa el sistema lo ayudará, pues como doctor en derecho graduado en Francia puede servir al régimen dentro de la universidad. Rodrigo no coopera, pues está obsesionado en no delatarse. La noveleta sufre otra vuelta de tuerca con la reaparición, vivita y seductora, de Araceli, quien por su precoz voracidad sexual encubre a Rodrigo y todo se complica más.

Dejó la trama en este punto, para no regalar demasiado el magnífico cierre de la historia. En todo caso, y más allá de la brillante sucesión de los acontecimientos que ya enumeré, es de admirar la forma en la que Rodrigo, el profesionalista equilibrado, el abogado con futuro luminoso, el joven de éxito seguro, se desfigura cuando aúllan en él las hienas del deseo. Como en *Muerte en Venecia*, insisto, la rectitud que impone la Cultura con mayúscula se ve bruscamente trastrocada por la insubordinación del ello, del salvajismo íntimo que, lo queramos o no, es parte inherente de la condición humana. Por eso Giardinelli, en una pausa reflexiva de la narración, anota que “Un hombre en el límite es capaz de todo. Y él [Rodrigo] había llegado al límite”.

*Luna caliente* es una novela corta excepcional. Ahora que han tenido tanta resonancia mediática los crímenes pasionales e impulsivos, leer esta ficción de Mempo Giardinelli es una experiencia tan placentera como abrumadora.

*Luna caliente*, Mempo Giardinelli, Biblos, Barcelona, 2005, 156 pp.

## NUESTRO PROPÓSITO ERA CAMINAR

Julio César Félix<sup>6</sup>

El desierto era plenitud. No sabíamos en realidad qué hora era, y en esa hora no sabíamos qué era la realidad (aunque para ser sinceros nunca sabíamos y no sabemos todavía qué es). Seguimos caminando: mi cuerpo, mi espíritu y las nubes. La tierra estaba allí, respirando, hablándonos, guiándonos. Según entendimos después, habíamos cruzado por la *Nierika*, la puerta que da a la otra realidad: el desierto se expande infinitamente sobre la tierra, *gobernadoras* que abrazan abrasando al mensajero de los dioses, al *híkuri*, que asoma su cabeza verde tierra, verde agua, verde intenso, naranja, morada y roja... pero en aquel momento no nos percatamos en qué realidad estábamos de un instante a otro; sólo existía en nosotros una cascada verbal en constante diálogo con lo terrenal y las páginas abiertas del cielo.

---

<sup>6</sup> Julio César Félix (1975). Autor de los libros de poesía *De noche los amores son pardos*, *Al sur de tu silencio*, *Espejos de la memoria* (en dictamen), *Brisa de Luna*, *Canto de Luz* (en proceso de impresión) y *Desierto Blues* (también en proceso). Incluido en las antologías *Tentación de decir* y *Amor olvidado*. Colabora en diversas revistas de circulación local, nacional y una que otra internacional. Estudió la carrera de Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Actualmente radica en Torreón, Coahuila. Es profesor en el área de Humanidades en la Universidad Iberoamericana Plantel Laguna y coordinador editorial de la revista *Acequias* de la misma institución.

Caminábamos. Un paso, una pregunta, siguiente paso, un aliento que resuelve la imagen en una armonía integral de percepción, contacto terrestre, aéreo; todos nos alentábamos en nuestro andar casi transparente, fuera “del mundanal ruido” y sus frivolidades.

Aquí no existen las óperas de Verdi ni de Mozart, tampoco las sinfonías de Bethoven ni las de Mahler, sólo nos acompañábamos de la luna y la improvisación de la música de nuestros corazones.

Nuestro único propósito era seguir caminando para dirigirnos hacia ningún lado, o quizás a todos. Mientras más caminamos menos es el cansancio; las piernas, los pies, sus músculos, van adecuándose al movimiento y a la comunión entre hombre y tierra; nervios y articulaciones van tomando forma y color tierra, tierra del desierto en plenitud, a pecho abierto.

Lo desértico es un espacio mágico que espera desahogo, solidaridad, respeto. Espera ser escuchado en las entrañas del espíritu. De esta manera, la tierra (sea donde sea) siempre brindará el fruto sustancioso que emerge desde el centro del universo para despertarnos de nuestro aletargamiento metafísico:

Así, aparecieron la flora y la fauna del desierto. Los primeros seres que vimos, apenas asomaban sus cabezas verdes de adentro de la tierra, donde habitan sus raíces. Luego aparecieron un par de conejos rosados, vimos un cardenal posarse sobre la cima de un tronco seco, víboras y serpientes saliendo de su escondrijo, algún hueco de algún tronco, los *kakaullari*, que no resistieron al sol y quedaron así, inmóviles.

Apareció también un hombrecillo de unos cincuenta centímetros de altura, se encontraba a una distancia de veinte metros desde donde nos encontrábamos. No sé si era una creación nuestra o de verdad nos hablaba, indicaba con la mano derecha una dirección.



Nos acercamos para poder hablar con él, pero conforme nos fuimos acercando, la figura de este ser fue tornándose más pequeña, a la vez que se metamorfoseaba. A un par de metros nos detuvimos y observamos: el venado azul salió corriendo hacia donde me apuntaba aquel hombrecillo. Decidimos seguirlo.

-Este camino es infinito- pensamos, o dijimos en voz alta, no sabemos.

-¿quieres seguir?- le preguntó el espíritu al cuerpo, que hasta el momento no se había quejado de las horas que había caminado.

- sí, siempre y cuando tú conduzcas ahora la caminata, tendrás que hacerte cargo de mí, pues me estoy agotando. Tú eres más vago que yo y te aguantas con tal de seguir experimentando y conociendo lugares y tierras extraordinarias, además, tu esencia es la inquietud.

Tampoco puedes desgastarme mucho, si lo haces repercutirá en ti, y ahí sí, ya no podríamos seguir avanzando, o andando el camino-.

En esta discusión estaban el espíritu y el cuerpo cuando pasó una mujer con aroma antiguo, una mujer de todos los tiempos, con cara de certidumbre sobre la oscuridad. Nos miró brevemente, se sonrió para sí, o de nuestra charla, siguió su camino. Nosotros debíamos seguir el nuestro, esto era del lado contrario del sendero, ahora iluminado por los rayos plateados de la luna que se expandía en el cielo bella, bellísima.

Aunque quedamos perplejos, con cierto escalofrío en la espalda.

-Ya la había visto antes- dijo el espíritu.

-sigamos-.

Éramos un *matewane*: no sabíamos, pero íbamos a saber. ¿Qué cosa? No sé, algo. Por eso estábamos ahí, porque no sabíamos nada de nada. Ahora por lo menos conversábamos con algunos seres o espíritus que antes no conocíamos, los *kakaullari*,

que nos hablaron sobre el intenso golpe que les dio el sol en los orígenes de la creación, impacto que frenó su evolución dejándolos en seres inmóviles, piedras y árboles.

-Sigamos- insistió el espíritu. Percibo que el cielo como techo del mundo, se viene abajo desplomándose, aplastará nuestras cabezas-.

-no te claves- dijo el cuerpo, -¡mira de adentro hacia fuera!, no al revés, si no, te vas a enfrascar en las miserias de tus miserias, y éstas ya no importan cuando decides caminar, descubrir, oler, las cenizas del abuelo fuego, resguardarte en la montaña sagrada, en *Wirikuta*.

-Está ahí, cerca. Respira...respira...-

Oscilábamos entre el nivel de percepción profunda y, el de visiones absurdas que se presentaban intensas a nuestros pasos.

Este camino es el eterno dador de vida en la sustancia eléctrica de su cuerpo, nos hemos dado y fundido con la tierra para germinar en verdes tardes del otoño...

**Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:**

<http://sitio.lag.uia.mx/publico/servicios/archivohistorico/archivo1/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>

**LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO JAE**

**1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679).** Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**2.- Censo y estadística de Parras (1825).** Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdé Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII.** Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819).** Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale.** Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

**7.- Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII.** Sergio Antonio Corona Páez \$ 35.00

**Otros**

**La Comarca Lagunera, constructo cultural. Economía y fe en la configuración de una mentalidad multicentenaria.** Sergio Antonio Corona Páez \$ 70.00